

Zacarías 9:9-12

Sacarías 9:9-12 Domingo de Ramos 2014 Phil. 2:5-11 Marcos 15:1-39

“¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna. Él destruirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; los arcos de guerra serán quebrados, y proclamará la paz a las naciones. Su señorío será de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra. Tú también, por la sangre de tu pacto, serás salva; he sacado a tus presos de la cisterna en que no hay agua. Volveos a la fortaleza, prisioneros de la esperanza; hoy también os anuncio que os dará doble recompensa.” (Sacarías 9:9-12)

Entramos en la Semana Santa, la semana más solemne del año cristiano. Es la semana en que recordamos el sacrificio que Cristo hizo por nosotros en la cruz del Calvario, derrotando la muerte con su muerte, venciendo nuestro pecado, habiéndoselo tomado sobre sí y pagado todo su precio con su muerte, derrotando para siempre a Satanás y el infierno. Mientras hay un aspecto de tristeza, al considerar el sufrimiento que nuestro pecado causó para Jesús, y la culpa nuestra que hizo que Dios condenara a muerte a su propio Hijo, inclusive abandonándolo a las penas del infierno en la cruz, sobre todo aun en estas fechas sentimos el gozo de saber que la victoria de Cristo sobre Satanás, el pecado y la muerte es también nuestra victoria por la fe en él. Así que, nos hace bien en esta semana también escuchar la exhortación de esta profecía del profeta Zacarías a regocijarnos por la entrada de este rey humilde en su capital para morir.

Zacarías predica a un pueblo que se siente desilusionado. Han vuelto del exilio, como había profetizado Jeremías. Pero con las dificultades que enfrentaban de vecinos hostiles, y los problemas en reconstruir el templo debido a las prioridades mal puestas de la gente de Judá y Jerusalén, a muchos les parecía que Dios había olvidado su promesa de enviar a uno de la línea de David que establecería un reino que duraría para siempre. A ellos, el profeta les exhorta a llenarse de gozo, porque sí viene el Mesías, el Rey que fue profetizado, y describe la naturaleza y los logros de este rey. A nosotros también nos hace bien prestar atención a

lo que el profeta dice, porque las bendiciones de este rey que entrará algún día en Jerusalén no se limitarán a un solo pueblo, sino que sus bendiciones serán para “las naciones”, y su dominio será sobre el mundo entero.

“¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey vendrá a ti”. Las expresiones “hija de Sión” e “hija de Jerusalén” se dirigen a Sión y a Jerusalén, personificaciones de los habitantes de la ciudad, y especialmente a los habitantes espirituales que son los que se afligen especialmente por el incumplimiento de las promesas de salvación y que se regocijarán al ver realizado lo que Dios había prometido a sus padres. A ellos se les dice: “Alégrate mucho”. El corazón debe llenarse de gozo, un gozo que no se queda sólo adentro, sino que prorrumpe en voces de júbilo.

El motivo de este gozo es la largamente esperada llegada del Rey prometido. *“Mira que tu rey vendrá a ti”*. Es el rey que han estado esperando por generaciones, el rey que Dios había prometido a sus antepasados. Y viene “a ti”, que igualmente se puede traducir como “para ti”, “en tu beneficio”. O sea, el profeta está indicando que esto es algo que involucra personalmente a los creyentes que escuchan su mensaje. Este rey será un rey salvador, y la salvación que obrará será la de ellos.

¡Y mira cómo entra! No como tal vez se esperaría, en un corcel fuerte y elegante, sino cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna. No viene para dominar por la fuerza, sino para someterse con toda humildad a la pena de la muerte por los pecados del mundo, y así con su perfecta obediencia obtener la victoria. Se describe como “justo”. Este es el carácter que más se espera en un gobernante ideal. Pero cuando la Biblia habla de la justicia, a veces también se habla de la justicia con que Dios declara justo a los pecadores por los méritos de la justicia de Cristo. El que entra es “Jehová, justicia nuestra”, para usar el término de Jeremías. “Salvador”, que mejor sería “dotado de salvación”, como lo traduce la Biblia de las Américas. En el pasaje de Hebreos que leímos en el culto la semana pasada, escuchamos de Jesús, que “Cristo, en los días de su vida terrena, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, y fue oído a causa de su temor reverente” y que de esta manera “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que lo obedecen” (Heb. 5:7,9). Como escuchamos en la Epístola esta mañana, *“Mas aún, hallándose*

en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra” (Filip. 2:8–10). La reivindicación y liberación de Cristo de la muerte es la reivindicación y liberación de nosotros de la maldición de la muerte. Así toda la descripción de este Rey que viene a su pueblo da motivos para gran gozo al pueblo fiel de Israel y a nosotros.

¿Pero estamos nosotros incluidos en los que pueden regocijarse sobre la venida de este rey? Después de todo, no somos parte de los hijos de Israel a los cuales originalmente se dirigió la profecía. Veamos lo que dice Zacarías: *“Él destruirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; los arcos de guerra serán quebrados, y proclamará la paz a las naciones”*. Esto no quiere decir, como un comentarista alegó, dejar a Israel indefenso, sino más bien significa que para obtener su dominio y victoria este Rey no necesita tales armas. Más bien proclamará paz a las naciones, o a los gentiles. Y allí vemos que en verdad tenemos también por qué regocijarnos por la entrada de este Rey en Jerusalén. Cuando nació, los ángeles proclamaron *“en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”*. En la cruz del Calvario antes de entregar su espíritu en manos del Padre celestial, Cristo proclamó *“Consumado es”*. La victoria fue ganada. La paz entre Dios y los hombres se había logrado. Esa victoria se obtuvo para todos los hombres. *“Su señorío será de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra”*. No hay lugar donde no se debe proclamar su mensaje de paz, del perdón de los pecados, de la victoria en beneficio de todos los hombres de Jesús sobre el pecado, el infierno y Satanás.

Después de asegurar que el reinado de este Rey será en beneficio del mundo entero, el profeta vuelve su atención al pueblo deprimido de Judá. Les recuerda del pacto que Dios ha hecho con ellos y sellado con sangre, sangre que prefiguraba la sangre del Mesías que es lo único que permitía que Dios tuviera misericordia y preservara a su pueblo del Antiguo Pacto y lo sacara de la cisterna sin agua en que se encontraban. Como comenta Teodoro Laetsch: *“La ‘cisterna’ aquí es la prisión en que el pecado y Satanás les había puesto y los mantuvieron cautivo, la ira de Dios y el castigo temporal y eterno. El exilio en Babilonia era tal cisterna para ellos, una pena por su*

apostasía (Jer. 25:1-11). De esa cisterna habían sido liberados por el Señor, que había guardado su promesa del pacto (Deut. 30:1-5). Ahora Satanás trataba de encarcelarlos en la cisterna del desánimo, la desilusión, la incredulidad (Hag. 2:2; Zac. 4:7-12).

¿Cómo serían librados? Volviendo a su fortaleza. Siendo convertidos sus corazones otra vez al Dios que había prometido la redención y seguramente, enviando a este Rey Mesías para pagar por sus pecados, cumpliría plenamente esta redención. Pueden ser prisioneros de sus propios pecados y dudas, pero en las promesas de salvación a través de la Simiente de la mujer, la Simiente de David, eran prisioneros de esperanza. Se les exhorta que lo que todavía no ven, lo crean, y verán su realización. De hecho, no sólo recibirán bendiciones de este Rey, sino una doble recompensa. Con generosidad inaudita Dios les bendecirá eternamente.

Nosotros también podemos preguntarnos: ¿Hasta cuándo, Señor? Puede parecer que nuestra liberación final está tardando mucho. Puede parecer que estamos en peligro también de caer en la cisterna de la desesperación y la impaciencia. Pero también somos prisioneros de esperanza. El Dios que envió a Cristo la primera vez para redimirnos de la culpa de nuestro pecado, lo enviará otra vez para recibirnos a sí mismo. Verdaderamente también, debido a lo que Cristo hizo en la primera Semana Santa, recibiremos doble recompensa, la herencia de los primogénitos en el reino eterno de este Rey. Amén.